



Reseñas y Análisis

PEDRO BOSCH GIMPERA. — *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Mexico, 1944.

El eminente profesor D. Pedro Bosch Gimpera, maestro de muchos de los mejores prehistoriadores de España, resume en este libro sus conocimientos sobre los antiguos pueblos de la Península Ibérica.

Paleolítico inferior. — Los primeros vestigios de población humana en la Península Ibérica son de la época *chelense* o *abbeviliense* : en Torralba, San Isidro de Madrid, Algeciras, laguna de la Janda, Alemtejo, Lisboa y Coimbra.

El *Achelense antiguo* hizo su aparición en el Manzanares durante el segundo período interglaciar, y el *Achelense medio, superior y final*, dejaron sus rastros en Madrid, Cádiz, Extremadura, Portugal, Asturias y Santander.

El *Musteriense* penetró en la zona cantábrica (Castillo, Cueva Morín), en Capellades (Barcelona), Cova Negra de Játiba, cueva de Zájara (Almería), Gibraltar, Málaga, Granada, Jaén, Sevilla, Cádiz, Extremadura, Portugal y Galicia. A estas localidades que cita el Prof. Bosch, pueden agregarse las de Zúñiga, Aitzbitarte y Jentilzubi (Dima) situadas en el País vasco, además de los ricos yacimientos musterienses de Isturitz, de Olha, de Bidart, etc., conocidos en la región laburdina.

Del *Musteriense* son los primeros fósiles humanos conocidos en España : la mandíbula de Bañolas (Gerona) y los cráneos de Gibraltar, todos ellos neandertaloides.

Paleolítico superior. — Desde el Paleolítico superior se le aparece ya diversificada la población peninsular, acusándose por lo menos una constante dualidad de pueblos.

Este hecho parece hallarse en cierto modo de acuerdo con la geografía del país, que presenta diversos contrastes : en cuanto al clima, en cuanto a los mares, en cuanto a las vías de comunicación con otros países, en cuanto a las riquezas del subsuelo, etc., lo que se re-

fleja hasta en los modos de vida de la población de todos los tiempos. Aun la misma red « de las vías romanas está prefigurada por la naturaleza y siguió en uso hasta Carlos III, que no hizo sino repararla y completarla y lo mismo se puede decir de las carreteras modernas. »

En la página 32 señala que, al parecer, a principios del paleolítico superior llegó hasta el centro de España una infiltración de cultura africana, atestiguada por puntas tenuifoliadas *esbaikienses* y raspadores pedunculados de doble muesca *aterienses*, cultura relacionada con la de Marruecos y del Sahara y que se superpone a la indígena modificándola y que, a su vez, es modificada por influencias europeas auriñacienses y solutrenses.

Sin duda la población del paleolítico inferior hubo de subsistir por lo menos en parte, y, según B. G., ella constituyó un elemento no despreciable en la composición étnica de España.

Las influencias auriñacienses y solutrenses llegaron a España, según se supone, desde Europa. El *Auriñaciense inferior* (cultura de Châtelperron), que comienza a propagarse desde el próximo Oriente, acaso desde el Irán, y avanza hasta Kenya, en un movimiento paralelo penetra en Europa y lleva al occidente de Francia su característica cultura.

El *Auriñaciense medio* tiene también su centro de dispersión en el próximo Oriente, con raíces en el Irán o quizás más al Este y se extiende hacia Europa, infiltrándose por Francia en la región cantábrica (Santander) y probablemente en la zona levantina (nivel inferior de la cueva del Parpalló). A estos jalones que cita B. G. debemos añadir los de Ilbarritz y Santimamiñe en el País vasco.

El *Auriñaciense superior* tiene un centro activo en Ucrania y el sur de Rusia, de donde se propagan las puntas de La Gravette y las estatuitas, como la de Willendorf, hasta el occidente de Europa. Esta cultura, según B. G., tiene en la Península Ibérica un foco en Santander y Burgos y en la cueva del Parpalló. Pero cabría añadir que también lo tiene en Vizcaya (Santimamiñe y Bolinkoba) y no lejos de la frontera, en la región vasca de Laburdi (Isturitz, Saint-Pierre-d'Irube, Anglet, Sara).

En la página 35 dice que el *Solutrense* español tiene un foco importante en Cau de les Gojes de San Julián de Ramis (cerca de Girona), otro en el Parpalló y otro en Cueto de la Mina. En lo que respecta al País vasco nosotros debemos citar los de Santimamiñe y Bolinkoba en Vizcaya, el de Ermitia en Guipúzcoa y el más importante de todos que es el yacimiento de Isturitz en Laburdi.

El *Solutrense* — dice B. G. — es atribuído a una formación originaria de Hungría y de Polonia y regiones vecinas. « En realidad el solutrense, que falta en muchos lugares de Europa, no llena un verdadero periodo, y solo en el oeste de Francia y en la zona cantábrica, a

donde llega a fines del auriñaciense superior, constituye a veces un nivel posterior a aquél. »

El *Magdalenien*se representa una cultura producida sin duda, por evolución indígena, en el occidente de Europa y que convierte, sobre todo el Suroeste de Francia y el Norte de España, en un país de intensa actividad cultural en contraste con otros lugares donde sólo hallamos « persistencias marginales de las culturas anteriores » (pág. 38). Desde Francia se extendió, a través del País vasco, hasta Santander, Burgos y Asturias, y por los pasos orientales del Pirineo, a Cataluña, llevando su influencia hasta Tarragona (taller de San Gregori), cueva del Parpalló y cueva de los Murciélagos (Almería).

« A fines del paleolítico superior, la cultura *Capsien*se llega procedente de Africa y se extiende por el sur y sureste de España » (pág. 37).

Así se establece una dualidad de áreas de cultura en la Península. Y este « doble juego de las influencias francesa y africana parece reflejarse también en el arte del paleolítico superior — En esto continúa B. G. sosteniendo la antigua opinión relativa al carácter paleolítico del arte expresionista del sur y sureste de España, contra el parecer de otros arqueólogos que la consideran más reciente. — Ha podido hablarse, con razón — dice en la página 38 — de la *provincia franco-cantábrica* con el *arte mobiliar* y el *arte rupiestre naturalista*... pues la evolución de la cultura es de un paralelismo absoluto y parece corresponder a la identidad de la industria en la zona cantábrica y en el mediodía de Francia hasta la Dordoña y zonas vecinas ». Este arte se infiltró muy lejos en España (Oña y Atapuerca en Burgos ; La Hoz y Los Casares en Guadalajara ; Minadeta y Alpera ; La Pileta, La Cala y Doña Trinidad en Málaga). En cuanto al « arte mobiliar », de Francia pasó por Cataluña (Bora gran d' en Carreres, Serriña y Balma de San Gregori en Marsá) hasta llegar a Parpalló (Valencia).

También se ha hablado con razón del *arte expresionista del Levante y sur de España*. Se le ha creído de origen africano. « Se propaga por los macizos montañosos desde el sur de la provincia de Almería, por el sureste de España y, mientras llega hasta la serranía de Cuenca y la sierra de Albarracín por un lado, por otro sigue la vertiente oriental de la cordillera de la costa, por las provincias de Valencia (cueva de la Araña de Bicorp) y Castellón (barranco de Valltorta, Morella, Cueva Remigia), hasta el sur de Cataluña, Parcelló, Vandellós, Tivisa), iniciando un avance hacia el interior por el bajo Aragón (Cretas, Mazaleón, Alcañiz) y Ebro arriba (Benifallet), hasta llegar a las sierras al sur de Lérida (Cogul) » (pág. 40).

En cuanto a la evolución de ambos estilos del arte paleolítico (pág. 41), B. G. opina que su fase primitiva remonta al Auriñaciense. « En el arte cantábrico — dice — parecen faltar las manifestaciones artísticas en el solutrense ; pero, en cambio, en Levante esta laguna queda

llena con las placas grabadas y pintadas del Parpalló, que en el nivel solutrense ha proporcionado las obras de mayor vida ». Convendría, sin embargo, modificar esta afirmación de B. G., para que nadie se sienta tentado a basar en ella un nuevo contraste y una nueva teoría. Porque ya en Bolinkoba (Vizcaya) hallamos un compresor de piedra con figuras de cabras en contacto con la industria solutrense, si bien, por consideraciones estilísticas, nos inclinamos a atribuirlo al Magdaleniense (1). Y a pocos kilómetros de Navarra y de Guipúzcoa, en el yacimiento de Isturitz, el nivel solutrense contenía un magnífico material de obras de arte mobiliario y esculturas en bajo relieve, de las que dice el Dr. Passermard : « Isturitz a fourni un grand nombre d'œuvres d'art égales aux plus belles connues, et nous pouvons constater que les tailleurs d'images de la caverne basque ont porté l'expression de la réalité, particulièrement en ce qui concerne les sculptures sur pierre, en ronde bosse, à un degré qui n'a été égalé nulle part » (2).

En lo que respecta al arte parietal, B. G. dice que « el magdaleniense ve el desarrollo de la policromía, que en Levante no pasa de ensayos (Minadeta, Cogul) y que en el norte alcanza su máximo desarrollo (Altamira) ».

La extensión de tipos naturalistas por el Sur y aun por el centro de España (Guadalajara), las relaciones mutuas de ambos grupos de arte paleolítico, así como los hallazgos del Parpalló, plantean nuevamente el problema del origen de las culturas paleolíticas españolas y de su arte. A ello contribuyen también los hallazgos africanos y otros que pueden relacionarse con los españoles. Tomando en consideración los datos concernientes a este importante tema, cabría pensar, según B. G., que el arte « expresionista », tanto el levantino español como el africano, se hubiese desarrollado después de los impulsos recibidos en la propagación del arte naturalista franco-cantábrico hasta el sureste y sur de España.

« Una vez adoptado el arte por los pueblos capsienes españoles, en su zona de contacto con las infiltraciones de la cultura europea, en donde debió producirse una población muy mezclada (sur y sureste de España, Levante hasta el sur de Cataluña), el nuevo elemento cultural debió pasar a los pueblos capsienes africanos y arraigar entre ellos fuertemente hasta producir la larga evolución que, arrancando, todavía a fines del paleolítico, de los territorios meridionales tunicinos... se extendió poco a poco... hacia el Sudán y el África Oriental (Kenya), propagándose con las culturas mesolíticas de tradición capsiese (Wil-

(1) Aranzadi y Barandiarán, *Contribución al estudio del arte mobiliario magdaleniense del país vasco* (en ANUARIO DE EUSKO-FOLKLORE, tom XIV, pág. 213).

(2) E. Passermard, *Les Stations Paléolithiques du Pays Basque*, p. 157, Bayonne, 1924.

ton) hacia el sur, en donde arraigó de nuevo y persistió largo tiempo en el arte llamado « de los bosquimanos » (págs. 44-45).

La aparición de puntas pedunculadas en el Parpalló, en Cataluña y en el Sur de Francia, es un fenómeno de contacto de las dos corrientes culturales de la Península, donde la influencia ateriense, de origen africano, había introducido tal estilo en la industria lítica (pág. 43).

« En las mezclas de pueblos del paleolítico superior y en sus corrientes — dice en la pág. 44 — se afirma la transformación general de la cultura europea, que pasa a la etapa de cazadores superiores del tipo que la escuela histórico-cultural considera como exogámico-patriarcal o totemista, pareciendo desarrollarse a fines del paleolítico superior la exogámico-matriarcal o de dos clases con el culto del cráneo (Pericot)».

A fines del Paleolítico superior se destacan claramente, según B. G., los dos grupos fundamentales de la población peninsular que habrán de ser el punto de partida para la evolución ulterior: *el franco-cantábrico* en el Norte con una variedad portuguesa, y *el del Sur y Sureste*, en el que a pesar de los elementos auriñacienses y solútreo-magdalenenses, acabó por dominar el elemento capsense. « La antropología — dice B. G. — contribuye sin duda a reafirmar estas conclusiones ».

Mesolítico. — En la página 45 vuelve a decir: « El punto de partida de la evolución ulterior del poblamiento de España, de carácter indígena, se halla en esos dos grupos del norte y del este de España ». El segundo se extendió, al parecer, durante el Mesolítico, ocupando territorios del centro y Oeste de la Península, siguiendo las cordilleras, según nos lo muestra el arte rupestre esquemático de las Batuecas (en Salamanca), de Beira y Tras os Montes (Portugal) y de Galicia. Y su foco de Sierra Morena irradió el arte esquemático a las sierras del Sur de la provincia de Málaga y de la de Cádiz (laguna de la Janda). Este arte esquemático, que arranca del expresionista del Paleolítico, tenía, al parecer, en sus primeras etapas (Laguna de la Janda, las Batuecas) como finalidad la magia de caza, herencia del Paleolítico. Después se fué introduciendo la magia funeraria, con el predominio consiguiente de las representaciones humanas y con signos de forma enigmática que aparecen en las últimas etapas de este arte en las losas de los sepulcros megalíticos. Con éstos pasó al Norte de la Península (cultura pirenaica), aunque sin manifestaciones del arte esquemático.

El grupo del Norte evoluciona a su vez en formas *azilienses* seguidas de la *cultura asturiense* « que aparece en concheros a la entrada de las cuevas en Asturias con sus típicos cantos rodados con punta o « picos ». El Asturiense es contemporáneo del « clima optimum » del Mesolítico, caracterizado en el Norte de España por la abundancia de « trochus » (« trochus lineatus » es característico del Asturiense cantábrico) que es molusco de aguas calientes. Parece propio de los des-

cendientes del pueblo paleolítico del Norte que, aislados en sus montañas, se han visto precisados a cambiar de su modo de vida tradicional a causa del cambio de clima, dedicándose a la recolección de alimentos vegetales y de moluscos. Evoluciona paralelamente en Galicia, en Asturias, Santander y el País vasco y en el Norte de Portugal. En el País vasco hace su aparición en las proximidades de Biarritz y, de modo más incierto, en Santimamiñe (Vizcaya). La cultura de Montgrí, en el Noroeste de Cataluña, representa una variedad asturriense. Parece tener ciertas relaciones con el Mesolítico de Bretaña y con hallazgos de Irlanda.

« Los movimientos de pueblos del principio del mesolítico parecen haber afectado al este de España, llevando a Francia el capsense final que se encuentra muy puro encima de la capa aziliense de la Grotte de la Crouzade cerca de Narbona... La identidad con el capsense final africano es absoluta, habiendo dejado éste sentir su influencia también en el sur de España (capa mesolítica de la cueva del Hoyo de la Mina de Málaga). »

« Las semejanzas del arte levantino con el de Africa permiten acaso pensar en una población parecida a la africana del norte y del este en donde, con tipos muy avanzados de « homo sapiens », relacionados con posibles prototipos de las razas ulteriores mediterráneas y camitas, se encuentran caracteres « negroides » y aun « bosquimanos » (pág. 51).

El pueblo de la cultura de las cuevas. — Al final del Mesolítico la mayor parte de la Península parece hallarse ocupada, o en vías de ser ocupada, por los descendientes del pueblo paleolítico que produjera el arte rupestre « expresionista » de Levante. Este pueblo crea en España, como en el Norte de Africa, la « cultura de las cuevas » con cerámica ornamentada con relieves e incisiones.

« La dispersión geográfica de la cultura de las cuevas en la Península coincide con la del arte rupestre esquemático, en general. En la mitad centro, sur y oeste... se forman *grupos regionales* con predominio de los ornamentos incisos y análogos a los de Africa, mientras en la parte este y nordeste de España predominan los relieves. » (pág. 62)

En la zona del Guadalquivir, del Guadiana y del Tajo la decoración de la cerámica evoluciona en el sentido de la del *vaso campaniforme* que luego se infiltra en las llanuras de Salamanca y de Palencia, en el valle del Duero y entre los grupos de la cultura de las cuevas de Burgos, etc.

En el desarrollo del vaso campaniforme cabe distinguir varios estilos sucesivos : I, Palmella-Acebuchal-Cienpozuelos (estilo clásico) que penetra en la capa inferior de la cueva del Somaen (Soria), llegando al sur de Cataluña (Cueva Fonda de Salamó) y al Sur de Valencia (estaciones de Bélgida) ; parece haberse desarrollado antes de 2.500 ;

II, estilo menos perfecto, pero con las mismas decoraciones (en todas partes y en la segunda capa del Somaén) : llega ya a Alemania entre 2.500 y 2.300 ; III, estilo decadente con decoraciones simplificadas (Este de España y Cataluña), en el que se introducen las decoraciones hechas mediante la impresión de una cuerda, venidas del centro de Europa a través de Francia : entre 2.300 y 2.100. Estos dos últimos estilos se propagan en Cataluña influyendo en la cultura pirenaica del Norte de Cataluña y, a través de ella, propagándose por el Sur de Francia y llegando hasta Alemania, Dinamarca, Holanda y Gran Bretaña (págs. 65-67).

« La etapa del vaso campaniforme — dice B. G. — representa el *apogeo de la cultura eneolítica* y un período muy largo de relaciones comerciales y de la *metalurgia* » (pág. 67).

El pueblo almeriense y los iberos. — En las páginas 52 y 53 dice B. G. que los grupos mesolíticos de las regiones marginales del Atlas, del Sahara y del Sudán dieron origen a los distintos pueblos camitas. De éstos, una de sus infiltraciones llegó a España con la cultura neolítica de Almería, predominando luego en el sureste de España y representando el germen de los iberos históricos. Esta opinión de B. G. no es aceptada por algunos arqueólogos actuales, como Menghin, que cree en un origen asiánico de la cultura de Almería.

Esta cultura se desarrolla, pues, primero en el Sureste de España. Más tarde avanza a través del reino de Valencia, del Sur de Cataluña y parte de Aragón y penetra por el alto valle del Ebro y por lo que después fué Celtiberia, por la Mancha, hasta llegar a Madrid y a la alta Andalucía. Ejerció, además, una fuerte influencia en los pueblos vecinos, no pertenecientes al grupo de los almerienses-iberos, como sucedió en su contacto con los vascos pirenaicos.

Los almerienses fueron agricultores y mineros y sumamente belicosos, en oposición a los indígenas de la cultura de las cuevas : en el ajuar de éstos rara vez se encuentran armas ; abundan, en cambio, en los poblados fortificados y en los sepulcros de aquéllos.

Antropológicamente el tipo almeriense-ibérico de España es el dolicocefalo bereber-sahariano. Esta homogeneidad dolicocefala contrasta con las mezclas que acusa la antropología del pueblo de la cultura de las cuevas.

El apogeo de la cultura de Almería, que se coloca entre 2.300 y 2.100, coincide con el de la metalurgia del cobre y de la plata y con la introducción de los sepulcros megalíticos en el área de su dominio (pág. 72).

La cultura pirenaica : sus pueblos y los vascos históricos. — Otro hecho notable en el proceso del poblamiento eneolítico de la Península ibérica es la *formación de la cultura pirenaica*, que personifican los grupos étnicos emparentados, no sólo de la vertiente española,

sino también de la francesa y que en el occidente del Pirineo parece cristalizar en la formación del pueblo vasco histórico » (pág. 82).

« Debemos creer — continúa diciendo — que el *pueblo pirenaico*, desde el país vasco hasta Cataluña, es el descendiente, a través del asturiense, de los antiguos grupos franco-cantábricos del paleolítico, más o menos modificados. Su personalidad se forma en derredor de los Pirineos, probablemente durante el curso del neolítico : los *grupos orientales* se desnaturalizarán en las épocas siguientes, como varían los núcleos de la zona cantábrica originariamente idénticos a los vascos ; pero el grupo pirenaico occidental, debiéndose incluir en él sin duda todo el Alto Aragón y acaso las comarcas occidentales del Pirineo catalán, sobrevive con caracteres fuertemente marcados, a pesar de los contactos culturales y de las infiltraciones de otros elementos étnicos, en el pueblo vasco histórico. Según los estudios del profesor Telesforo de Aranzadi, los caracteres antropológicos de los esqueletos procedentes de las sepulturas megalíticas vascas del eneolítico establecen la identidad de su raza... con la mayoría de los *vascos* actuales. Estos no son de ningún modo los supervivientes de los iberos » cuya ascendencia hay que buscarla en el pueblo de la cultura de Almería.

El avance de la cultura de las cuevas desnaturalizó algunas zonas marginales de la cultura pirenaica, como la cantábrica y el extremo oriental del Pirineo catalán. Pero « los valles interiores de éste, como sin duda todo el Pirineo aragonés, conservaron bastante intacta su población y en ellos subsisten abundantes nombres de lugar de tipo vasco, lo mismo que en la vertiente francesa (Esterri en el Pirineo catalán, Bigorre-Baigorri 'rio rojo' en Francia, por ejemplo). La cultura pirenaica debió formarse sobre un « substratum » muy primitivo que se halla en la misma base de la propia lengua euskera y que representan acaso nombres de lugar a lo largo de todo el macizo cantabro-pirenaico y que, en Cataluña, extienden una toponomástica peculiar de tipo monosilábico (Quer : piedra, Alp, Urtg, Das) y se desarrolla en el eneolítico... bajo la *influencia de las culturas vecinas*. De ellas adopta diversos tipos, « escogiéndolos » : los sepulcros megalíticos de origen portugués, a través de los pueblos más o menos emparentados de la zona cantábrica, junto con los grabados procedentes del arte rupestre esquemático y aun las plaquitas de pizarra simplificadas y sin decoración, el vaso campaniforme de los grupos septentrionales de la cultura de las cuevas, el utillaje de sílex y particularmente las puntas de flecha (principalmente las de forma de hoja y luego las pedunculadas) de la cultura de Almería (pág. 83).

La cerámica propia de la cultura pirenaica es sin decoración, con formas propias, sobre todo en Cataluña y en el país vasco (pág. 84).

Los pirenaicos extendieron su influencia a regiones lejanas de su

país originario, según opina B. G.. Y así en Cataluña descendieron de los valles del Pirineo y alcanzaron la línea Montsech-Cuenca de Meyá, en el Segre central-Solsona-Manresa-Llobregat hasta Barcelona ; en Francia, desde la Cerdeña penetran por el valle del Ariège, por el Vallespir, el Conflent, y las Alberas, hacia las sierras costeras, extendiéndose por las Corberas y los Cevenas y llegando hasta el Ródano y los Alpes occidentales, mientras por otra parte se infiltran en las regiones al sur del macizo central francés y por las regiones montañosas del norte del Garona, llegando hasta la Charente, etc.. Se trata, sin duda, de pastores semi-nómadas, que se establecen con sus rebaños entre las poblaciones anteriores. Ellos propagaron, en los territorios de sus correrías, los tipos de sepulturas megalíticas, las puntas de flecha almerienses y el vaso campaniforme (pág. 84).

Los contactos con los pueblos vecinos y los elementos que de ellos recibiera la cultura pirenaica, constituyen dentro de ésta los índices de las diversas etapas y fases de su evolución. Permiten establecer una cronología relativa de suma importancia, ya que « los períodos de la cultura pirenaica contribuyen a la trabazón del sistema del eneolítico peninsular y, a la vez, son una pieza esencial en el sistema general europeo y una de las bases firmes para la discusión de las relaciones de la Península a través de Francia » (pág. 86).

Períodos de la cultura pirenaica. — I. — El primer período « comprende hasta ahora unos pocos sepulcros con material lítico y cerámico escaso y rudo, tanto en el *país vasco* (sepulcros, en forma de dólmenes o cistas, de Lindusko-lepoa en Navarra y de Axpea en Alava, este último con microlitos « tardenoisenses »), como en Cataluña en la alta provincia de Lérida (dólmenes o cistas megalíticas de la Collada de Orri en Pallerols y de la Cabana dels Moros en Turbías). Este período representa probablemente el de formación de la cultura, recibiendo la forma del sepulcro megalítico por el oeste, a través de la zona cantábrica y del norte de Portugal, en donde la cultura megalítica se hallaba ya en una etapa avanzada (la representada por la galería cubierta del Monte Abraháo). Es contemporáneo con el desarrollo del primer estilo del vaso campaniforme... que no aparece todavía entonces en la cultura pirenaica, y la infiltración de la cultura de Almería en Cataluña (sepulcros almerienses de tipo no megalítico) a través de la cultura de las cuevas... Este período puede considerarse anterior a 2.500 a. de J. C. » (pág. 87).

II. — El segundo período coincide con la extensión de la cultura pirenaica en Cataluña y en el Sureste de Francia. (Los hallazgos típicos del *país vasco*, en el que todavía no aparece el vaso campaniforme, pero en donde se introducen ya las puntas de flecha de tipo almeriense, son los de la cista megalítica de Pamplonagañe (Aralar navarro) y de las galerías cubiertas de La Cañada y Artekosaro en la sierra de Urbasa (Navarra). En *Cataluña*, en donde a menudo se produce la

mezcla de la cultura pirenaica y de la cultura de las cuevas, los hallazgos típicos son los siguientes : de una primera etapa, con vaso campaniforme de muy buen estilo todavía, los de la galería cubierta de Puigses-Lloss (Folgaroles) y de Puig Rodó (L'Estany), en la comarca de Vich, provincia de Barcelona ; la cista de la Torre de 'n Dach (Clarà) y la cueva Espluga Negra (Castelltort), ambas en la provincia de Lérida... El período puede fecharse entre 2.500 y 2.300. » (pág. 88).

III. — « El *tercer período* parece mantener las fronteras de la cultura pirenaica en España ; pero, en cambio, en Francia tiene lugar una gran expansión de la misma, siguiendo muy fuerte en el sureste y llegando costa arriba hasta el valle del Ródano, infiltrándose por las estribaciones de los Alpes, tanto por los marítimos como los que bordean la cuenca de aquel río (sepulcro de Cranves en la Alta Saboya). Aparece entonces un grupo pirenaico francés apoyado en la mitad occidental de los Pirineos (grupo de La Halliade en el departamento de los Altos Pirineos) y, además, es probable que sea entonces cuando la cultura pirenaica, que ha arraigado también fuertemente en la zona de los Cevenas y en las estribaciones meridionales del macizo central, sigue paralela al Garona hacia la región de Cahors y termina infiltrándose por los departamentos de la Dordoña, de la Haute Vienne y de la Charente, como si buscara el contacto con la Bretaña, con cuya cultura megalítica, formada con fuertes influencias llegadas por mar desde Portugal, mantiene activas relaciones. En todos los grupos de la cultura pirenaica de este período se propaga el tercer estilo del vaso campaniforme, así como sigue muy intensa la relación con la cultura de Almería, cuyas puntas de flecha de sílex aparecen en todas partes. En el *grupo vasco* los sepulcros de este período con material típico son los siguientes : con puntas de flecha almerienses de formas evolucionadas las cistas de Debata del Realengo (Aralar navarro), Zurgaina (sierra de Urbasa, Navarra) y Uelogoena (Aralar guipuzcoano) ; la cista de Balenkaleku (sierra de Alzania, Guipúzcoa), con una hacha de combate de tipo nórdico llegada a través de la Bretaña francesa y de la costa atlántica ; las cistas de Pagobakoitza y Gorostiarán (sierra de Aizkorri, Guipúzcoa) con cerámica del estilo III del vaso campaniforme. En el *grupo de Cataluña* : las galerías cubiertas del Barranc (Espolla) y de Santa Cristina d'Aro en la provincia de Gerona ; las cistas del Collet de les Forques (Espuñola), del Condoyet (Cint), de la Serra dels Quadrats (Muntant) en la provincia de Lérida..., apareciendo en todos estos sepulcros o cuevas la cerámica del vaso campaniforme III... En el grupo del *sudoeste de Francia* pertenecen a este período los sepulcros megalíticos de que es representativa la galería cubierta de La Halliade (Hautes-Pyrénées) con vaso campaniforme del estilo III. Las fechas del período son 2.300 a 2.100 a. de J. C. » (pág. 90).

IV. — El *período cuarto* es entre 2.100 y 1.900. No hay ya vaso

campaniforme. Es una transición a la Edad del Bronce. La cultura de este período se halla representada en el *país vasco* por la cista de Obioneta (Aralar navarro); en *Cataluña*, por las cistas del Tossal de Jovell (Muntant), del Coll de Creus (Gavarrá), la de Clará, otra de Linyá y la de la Cabana dels Moros de Bescarán, todas en la provincia de Lérida, siendo cada vez más escaso el material de piedra (pág. 91).

V. — Después del período IV, no es posible por ahora seguir la evolución de la cultura pirenaica en el *país vasco*. Pero en *Cataluña* parece continuar un *período quinto*, siguiendo la construcción de cistas megalíticas, de las que ha desaparecido el material lítico y cuya cerámica acusa la influencia de la cultura de El Argar (almeriense). Tales cistas se hallan en las provincias de Gerona y Lérida, y pueden fecharse entre 1.900 y 1.600.

Desaparecidos también los sepulcros megalíticos, la cultura pirenaica sigue su tradición en Cataluña, combinándose sus tipos de cerámica con la de las cuevas y de El Argar (1.600 - 1.200).

Probablemente a través de la Edad del Bronce, que en sus períodos finales (1.400 - 1.200 con hachas de aleta y 1.200 - 900 con hachas tubulares) es conocida por hallazgos sueltos y depósitos de objetos de bronce, la población de los territorios pirenaicos se enlaza con la cultura de las cuevas (la llamada cerámica del tipo de Marlés) (pág. 92).

Fueron los pirenaicos quienes propagaron el uso de puntas de sílex de tipo almeriense y de las galerías cubiertas al Este y al Norte de Francia y tal vez hasta Inglaterra, trayendo de allí otros elementos, como el callais (producto nórdico) y las hachas de combate (Balenka-leku), cuyo origen se halla en la cultura megalítica nórdica de Dinamarca, Escandinavia y el Norte de Alemania. El alabastro (Gorostiaran) procede, según Forde, del Este del Mediterráneo, de las culturas egeas y aun de Egipto (pág. 95-96).

Finalmente. B. G. aludiendo todavía a las relaciones de los pirenaicos, dice en la página 119 : « Childe reconoce en desarrollo de las culturas neo-eneolíticas de Escocia esta influencia portuguesa, distinguiendo, además, en el grupo del Clyde otro elemento, el de las « segmented cists » o sea propiamente galerías cubiertas divididas interiormente por losas transversales, que relaciona con las pirenaicas de Francia (Halliade), el país vasco (Jentillarri) y Catalunya (Puig-Rodo), que pone en relación con una etapa primera, anterior a las cúpulas y a la cerámica del tipo de Alcalar representada por la entrada de la cerámica de tipo Windmill-Hill inglés, así como por las puntas foliáceas. »

Oleadas célticas. — La población montañesa de pastores continuó ocupando las regiones del Norte durante la edad del bronce (1.900-900 a. de J. C.). Sólo hallazgos aislados de objetos de esa edad conocemos hasta ahora en el país vasco. El hierro no penetró hasta los celtas, y aun después en el Ebro continuaba el uso de hachas de bronce tubulares hasta el siglo VI.

En la primera oleada los celtas de los campos de urnas, partiendo de Alemania meridional, descienden por el walle del Ródano, infiltran por el Este y centro de Francia, llegan a la Cataluña litoral, penetran en los llanos de Urgel (Verdú-Virodunum, Guissona, Llardecans), alcanzan el Ebro (El Molar) y se infiltran en la parte oriental de Aragón (en la región del Cinca : Sena, en el bajo Aragón : Escondines Baixes de Mazaleón). Esto fué hacia 900 a. de J. C.

Otra oleada que partió del Rhin (cempsos, cimbrios, germanos, eburones) atravesó Holanda, Bélgica y la costa atlántica francesa, penetrando en España por los puertos occidentales del Pirineo. Esto ocurría hacia el 650 a. de J. C.. Unos se quedaron en el valle alto del Ebro y se infiltraron en el bajo Aragón ; otros penetraron en la meseta castellana (pág. 123). « El origen de este grupo — dice en la pág. 125 —, formado probablemente por los que luego conocemos con el nombre de *berones* en la Rioja (Redal) y de *pelendones* (en el alto Duero y la montaña soriana), parece indicarlo la *cerámica* llamada « excisa », decoraciones cortadas profundamente..., la *pintura del bajo Aragón* (San Cristóbal de Mazaleón)... y los morillos del Roquizal de Rullo y los pesos de telar del bajo Aragón que se hallan en toda la cultura del Hallstatt C alemán. En el occidente de Francia parecen haber quedado restos de los pelendones, que acusa el nombre de de Belin en la región de las Landas ».

Movimientos parciales de grupos se producen en el Suroeste de Francia dirigidos hacia las regiones de Ger y de Lannemezan (Avezac-Prat) o hacia el Ariège (*belendi*). Estos celtas que quedaron arrinconados en la zona pirenaica, pertenecerían al movimiento de Hallstatt C, desplazado por las primeras presiones germánicas de Westfalia (hacia el 800).

Las presiones germánicas que se continuaron en Bélgica durante el siglo VI, originaron la partida de algunos grupos de celtas belgas hacia el 650. Eran principalmente los *suessiones* y *belovacos* ; pero con ellos iban también los *nervios* y posiblemente también grupos de *germanos*, de *ambianos* y de *veliocasses*. Llegaron a España, estableciéndose ante todo desde los Pirineos hasta la Rioja : los *suessiones* a lo largo del camino Pamplona-Vitoria-Miranda ; los *autrigones* en la cabeza de puente de Miranda de Ebro, a ambos lados del desfiladero de Pancorbo, en el valle de la Bureba (Burgos) y en las montañas de Vizcaya y Santander ; los *origeviones*, los *caristios* y los *nerviones* entre los vascos de la costa, y los *veliocasses* entre los cántabros. Los grupos principales, como el de los *belovacos*, ocuparon las tierras productoras de trigo de la meseta castellana superior (pág. 130).

En la página 135 dice B. G. : « En los territorios próximos al extremo occidental de Pirineo ocupados por los vascones, la dominación céltica no afectó demasiado a la masa de la población y mantuvo sin duda constantemente su carácter militar, desvaneciéndose cuando los

romanos circularon por el alto valle del Ebro en conexión con las campañas de Celtiberia. Ya a principios del siglo II, Catón debió establecer amistad con los vascones y obtener una sumisión teórica, quebrándose el núcleo fuerte de los suessiones-sessetanos que eran los principales dominadores de los vascones y de los pasos pirenaicos. Sacudido el yugo céltico y reducidos los suessiones a la zona de arrinconamiento del sur de Navarra, los vascones, quién sabe si de acuerdo con los romanos, avanzaron por el Ebro hasta Tudela y Alagón... reclusando a los suessiones en las montañas de la baja Navarra hasta su total desaparición como pueblo y su absorción por los vasco-navarros » (1).

En cuanto a los modos de vida de la población, B. G. opina que antes de los celtas era el pastoreo la ocupación principal de los indígenas en esta parte de la Península, lo mismo que en la meseta castellana y que los celtas extendieron en gran escala el cultivo del trigo en las zonas no montañosas (pág. 136).

Los *bergistanos* de la montaña catalana eran, según B. G., un pueblo (autrigones, origeviones, nerviones y suessiones) desnaturalizaron temporalmente Vizcaya y Alava y aun parte de Navarra, aunque lo indígena reapareciera después de roto el poderío céltico; pero que dejaron intactos los grupos principales de los várdulos, vascones y navarros. Es posible que esto haya ocurrido pero no creemos que haya todavía motivos bastantes para admitir una tan extensa celtización del país vasco, aunque no pocos elementos de la cultura céltica hicieran su aparición, sobre todo en sus zonas marginales. Lo que más podría inducirnos a pensar en una tal transformación de la cultura indígena serían las prácticas de incineración que suponen un cambio de ideal religioso. Pero los datos indiscutibles que revelan cambios de ese género, no hallamos apenas fuera de la parte montañosa de Navarra, Laburdi y Soule, a donde llegaban indudablemente grupos de pastores trashumantes de las regiones fuertemente celtizadas.

En cuanto al nombre de navarros, que no aparece en documentos escritos hasta fines de la época visigoda, B. G. cree que es anterior a la invasión céltica, « ya que se descubre... en el nombre Navardún (Navardunum), que sería el nombre dado por los celtas a una fortaleza de los navarros » (p. 152).

De los *iacetanos* que ocupaban el Pirineo central en la época ro-

(1) « Esta expansión de los vascones hasta Tudela y Alagón debió ser posterior a Sertorio, por llegar, en su época, los celtiberos del Ebro hasta Calahorra (según se desprende de un texto de Livio — fragmento del libro 91 —). El momento en que los vascones alcanzaron la línea de Calahorra no puede precisarse, aunque debió coincidir con la desaparición del grupo céltico de los suessiones que hacia 206 ya parecen replegados en las comarcas de Sos y Egea de los Caballeros en Aragón y de Sangüesa en Navarra y que desaparecen de la historia después de 184 » (« *Los celtas y el país vasco* »).

mana, dice que eran una tribu, al parecer, ibérica, emparentada con los aquitanos. Cree que la iberización de ambos pueblos pudo hacerse por influencia almeriense a través de los grupos pirenaicos occidentales (1). « La población indígena — dice — debía pertenecer a los grupos pirenaicos, lo mismo que los demás pueblos del Pirineo catalán, de que se han conservado los nombres. De lo que fué en la Edad Media Sobrarbe y Ribagorza no se tienen noticias ; pero de allí hacia el este se conocen los *arenosios* (valle de Arán), los *andosinos* (Andorra) (2) y los *ceretanos* (Cerdeña) » (pág. 153).

Los *bergistanos* de la montaña catalana eran, según B. G., un pueblo no ibérico con posibles infiltraciones célticas, y los *ausetanos* de Vich y Gerona (acaso el Ripollés) un pueblo mezclado de cultura de las cuevas y pirenaicos (y aun de celtas en su parte oriental) : en su nombre encuentra Meyer-Lübke la raíz de los vascos (*eusc.-*, *ausc.-*).

Los pueblos del sur de Francia emparentados con los de España. — La población indígena de la vertiente francesa de los Pirineos, a la que cubriera una capa céltica e ibérica (aquitano), era también de prosapia pirenaica, según B. G., y aun emparentada con los vascos, como la de la parte española : eran los *vascones* del país vasco-francés, de filiación indudable, los *bigerriones* de Bigorra (con nombre vasco : río rojo), los *auscos* de Auch (cuyo nombre parece formado por la misma raíz *ausc.-*, *eusc.-* del nombre de los vascones), los *onesios* del alto valle de Luchón (p. 154 - 156).

Supone que más al este, a partir del valle de Ariège, el « substratum » indígena era una mezcla de elementos paleolíticos franco-cantábricos, de capsienes, de la cultura de las cuevas y de los pirenaicos, matizada por influencias o infiltraciones célticas e ibéricas. Y más allá de la zona montañosa del Pirineo « el nombre de los *tolosates* de Toulouse revela una primitiva capa emparentada con los pueblos pirenaicos, pues Toulouse tiene el mismo nombre que Tolosa del país vasco » (p. 156).

El estrato céltico que cubriera a la población indígena estaba formado por distintos aluviones. Tal ocurría al Oeste de la llanura rosellonesa, donde persistieron los *beribraces* y posiblemente los *garumni* del alto Garona, que eran de la cultura de las urnas. De la cultura arcaica de Hallstatt, analoga a la de los pelendones de España, pro-

(1) La toponimia parece comprobar la extensión de los iberos, según nos lo indica B. G. en la página 163 : « Iliberris (Elna) y Carcaso en el este ; en el oeste : Eliberris (Ausch), (*Elimberis* parece ser la verdadera versión de este nombre), Hunguverro (entre Tolosa y Auch) ; Calagurris (entre Tolosa y Saint-Bertrand de Comminges) ; Illuro (Oloron), acaso Tolosa, Burdigala (Burdeos) ; Carissa, Asta (en los Bajos Pirineos) y acaso también Cobulo (Nantes) ». « Otros indicios de la iberización del sur de Francia son los nombres ibéricos de dioses y de personas y la circulación de monedas con leyendas ibéricas ».

(2) Según Schulten, el nombre *andosino* viene del vasco, *andia*, grande, lo que confirmaría su origen pirenaico.

cedían quizás los pelendones (o belendi) del valle del Ariège, parientes de los belendi de las Landas, y los *tarbelli* de la región de Tarbes, según parece desprenderse del estudio de las necrópolis de Ayer (Bordes-sur-Lez) y de Pamiers para los primeros y de las de Avezac-Prat para los segundos.

Las distintas tribus célticas establecidas en el ángulo Suroeste de Francia, desde las estribaciones del Pirineo hasta las Landas, es decir, los *sibuzates*, *sociates*, *cocosates*, *vasates* y *vocates*, pertenecían probablemente a restos de los movimientos de la segunda oleada céltica.

Tales son las líneas generales del libro de Bosch Gimpera, vasta síntesis aderezada y formada con numerosos materiales dispersos en museos y en monumentos y estaciones prehistóricas de diversos países y con datos extraídos de multitud de artículos y obras monográficas. En muchas de sus partes ha tenido que ser cementada forzosamente con hipótesis, conjeturas y pruebas indiciales, de las que unas serán confirmadas sin duda a medida que avancen las investigaciones y el estudio de estos problemas, y otras — algunas ya han sido objeto de críticas — serán desechadas por la ciencia del provenir. Preciso es confesar, sin embargo, que esta obra, debida a uno de nuestros indiscutibles maestros de Prehistoria, sólidamente pensada y construída en general, marca una etapa en nuestro conocimiento de la España prehistórica, y será consultada con provecho por cuantos deseen tener una visión clara de los antiguos pueblos peninsulares y de sus movimientos y del largo proceso de su vida cultural.

J.-M. DE BARANDIARAN.

